

po la noticia de que D. Cárlos aceptaba su dimision, escribió á la Junta diciéndole haber prevenido á los comandantes generales que se entendiesen con ella; marchó á Tor en seguida por el valle de Andorra, y pasó inmediatamente la frontera.

V.

Cuando Urbiztondo se presentó á D. Cárlos fué muy mal recibido, y se le mandó permanecer en Tolosa hasta ulterior determinacion. El motivo de su desgracia no era otro que el haber querido sostener dignamente la causa que defendia. Fuera de esto, su permanencia en Cataluña se hizo imposible desde el momento en que vieron la luz pública las exposiciones ya mencionadas; y como en ellas se pinta con vivísimos colores el comportamiento de los carlistas catalanes, cerraremos este capítulo extractando de dichos documentos los párrafos más notables.

“Cuando V. M. se dignó confiarme el mando militar de Cataluña (decia Urbiztondo en 15 de Agosto), pensé encontrar elementos que me ayudasen á abrir las sendas de la restauracion del Principado; mas me espanté, señor, cuando solo ví el crimen con el lema de Cárlos V, é hice las otras tristes observaciones que constan de mi manifiesto, elevado al ministerio de la Guerra en 10 de Agosto...

“Con nada es comparable la fiereza y sevicia de los llamados realistas catalanes: los pueblos son fincas de V. M. y los habitantes sus vasallos: estoy averiguando si es cierto que uno de estos caudillos ha quemado viva una mujer, para hacerlo morir tambien quemado, y resuelto á castigar crímenes espantosos, todo desórden público, y aun la agresion sobre opiniones en los hechos particulares; ó venderé mi vida á la justicia, ó daré los descargos á mi rey...”

En el manifiesto, ó comunicacion al ministro, que cita, decia Urbiztondo, “que los carlistas catalanes, hasta entonces, no conocian otro arte de la guerra que la rapiña y el vandalismo, ni otros jefes que aquellos que más se han distinguido por acciones indignas de un rey católico y de una causa justa, ni más derechos que obrar desenfrenadamente atropellando las leyes y los fueros, ni más subordinacion que su propia y libre voluntad, cuando no están satisfechas sus pasiones. V. E., al ver una descripcion tan poco conforme con las ideas generales (proseguia), no podrá menos de argüirme, cómo hombres tan destituidos de prendas militares y tan aban-

donados al delito, han podido reunir una fuerza respetable, consiguiendo las victorias que tanto han ocupado las prensas; y yo, si V. E. me lo permite, le contestaré francamente, que se ha aumentado el número de los criminales, al paso que disminuido el fervor realista; que sus victorias han sido figuradas en los teatros del engaño; que los decantados caudillos no han hecho otra cosa en general que enriquecerse, sin distinguir personas, á costa del que ha tenido, valiéndose de los medios de fuerza más inhumanos y crueles... que sus triunfos la mayor parte han sido el incendio, asesinatos y pillage; que sus violencias y rapiñas llegan á mí en queja á cada momento del día, sin que pueda reprimirlas cual quisiera con la mano fuerte de la ley...»

Pero donde Urbiztondo rompió los diques de toda consideracion y miramiento, fué en la última de sus exposiciones á D. Carlos, en la cual se leen los párrafos siguientes:

“Los que se han acercado á los piés de V. M. y los que han puesto sus firmas para hacerle creer que en Cataluña ardía la tea del realismo, iluminando en los pueblos y en los campos una gran parte de su territorio, han engañado á V. M. con la falsedad de una noticia fausta, que solo merece el nombre de funesta..”

Continuaba diciendo que las medidas de rigor tomadas por los generales Llauder y Mina habian hecho que sucumbieran los primeros que con lealtad y buena fé enarbolaron la bandera realista, hasta quedar este partido exánime “y su nombre vilipendiado y proscrito, siendo solo admitido con placer en los tribunales del tirano..”

“Tal era (proseguia) el estado triste y terrible del Principado de Cataluña, cuando salieron de sus casas hombres rústicos y miserables, de opinion desconocida, y de probidad muy dudosa, los cuales, reunidos en partidas, dieron principio á una clase de guerra irregular y tumultuaria, que por donde marchaba iba dejando los vestigios todos de la desolacion y del espanto: su número se fué aumentando progresivamente con los alicientes criminales, á que estimulaba el desorden anárquico, y tambien se fueron graduando los lamentos inconsolables, viendo los pacíficos habitantes una cuadrilla de agresores, sedientos principalmente de dinero, que disponian de sus vidas y haciendas con el puñal del foragido, teniendo la sacrílega osadía de proferir el nombre augusto de V. M. al tiempo de perpetrar los delitos más enormes y horrorosos que se sentencian en los tribunales...”

“La instalacion de la junta y el penúltimo nombramiento de comandante general no proporcionaron otras ventajas que dar nombres á las cosas que pudieron existir:

en realidad poco ó nada adelantaron; porque cuando me encargué del mando, por solo obedecer á V. M., encontré el mal con los mismos síntomas del daño, y haciéndome estremecer la idea del terrible compromiso en que me veia metido, sin resquicio ni claro para salir de él sino á costa de mi honor ó de mi vida...

“Era preciso, señor, que yo esforzara mi pluma más de lo que permite mi delicadeza, para hacer presente á V. M. que los veintitres batallones que, segun los partes, existian en Cataluña antes de mi llegada, fueron soñados en el delirio del engaño; que el famoso tren de artillería solo estuvo en los parques de la imaginacion; que el espíritu público animado por nobles y heroicos estímulos en favor de V. R. M. lo amortiguó ó extinguió la ambicion desmedida ó el sistema ominoso del desórden; que los valientes caudillos de la restauracion, solo lo han sido de los crímenes; que los soldados aguerridos y subordinados, son hombres acostumbrados á vivir, cual verdaderos anarquistas, sin Dios, sin rey y sin patria; y por último, que las decantadas victorias y las grandes acciones, presentadas á los piés de la munificencia soberana, han sido siempre escritas con la pluma de oro del soborno. Dígnese perdonarme V. M. si dejo correr la mia más de lo que es permitido á un humilde vasallo... No puedo ocultar á V. M. que me entristece y abate cuanto veo á mi alrededor, y cuanto presumo que me cerca: *yo no estaba acostumbrado á vivir entre el crimen, ni á quitar á los criminales mi sombrero*, llevando el baston en mis manos...

“No se pasa dia sin que lleguen á mí quejas lamentables contra algun jefe de division, de brigada ó de cuerpo, de que hizo morir una mujer á palos, sin darle tiempo ni aun para confesar; que arrebató á otra de los brazos de su marido para sellar un crimen del que fué incentivo la indefension y el exclamar al cielo; que dió tormento á un hombre para sacarle tantas onzas; que ultrajó á los habitantes de un pueblo amigo al tiempo de hacerle pedidos escandalosos, cometiendo crueldades y coacciones espantosas; que despues de una capitulacion de cumplimiento religioso, pasó por las armas los sesenta y cuatro rendidos; que á un sacerdote lo tiene encerrado á pan y agua en un subterráneo, dándole de palos por la mañana y tarde hasta sacarle una gran cantidad de dinero, de la que ya dió parte: á este tenor, señor, no tengo tiempo para oir tan amarga clase de clamores, y sin embargo de no haber procedido á la prision de tantos y tan infames criminales, temeroso de los mayores é inevitables males que ya he indicado á V. M., he dispuesto la formacion de causa, faltándome fiscales que actuen en un número tan extraordinariamente crecido. Esta conducta me ha indispuerto para con ellos, y el haber separado del mando á los

odiosos Caballería y Muchacho, ha sido bastante para una conjuración atrevida y descarada contra mi persona...”

Más adelante hacia estas curiosas revelaciones :

“Al paso que encuentro obstáculos muy difíciles de superar por parte de una fuerza armada, que antes, y sin los motivos que ahora, la he conceptuado inútil para una empresa de riesgo y de importancia, los realistas que viven en las guarniciones enemigas (*y aun algunos de los tenidos por liberales*) me ofrecen hacer servicios *interesantísimos á V. M.*, que no dudo realizarán, si me pongo en el caso de poder auxiliar sus proyectos ; *y hasta en la misma ciudad de Barcelona hay mucho adelantado*, que persuade y casi consiente la pronta restauración de esta provincia, si yo, con la ayuda del cielo, llegase á vencer los grandes obstáculos que se oponen á mis primeros pasos... La falta de subsistencias y de dinero es la que desconcierta mis planes, pasando por el dolor de ver sacrificados los pueblos, *sin que los resultados de esfuerzos tan costosos y violentos tengan entrada ni en los almacenes, ni en la tesorería...*

“Me lamento, señor, (proseguía) del mal arreglo de los ramos administrativos , y que el fraude, monopolio y agiotaje se miren del mismo modo que si fuesen especulaciones de admitido y lícito comercio... Como el lleno de las primeras facultades está reasumido en las atribuciones de la Junta superior, todo lo que de ella emana, sino presenta desaciertos en la sustancia, sí irregularidades en el modo: las subalternas solo se han propuesto sobrenadar en el torrente de las circunstancias ; los recaudadores ó comisionados, labrar sus fortunas sobre las ruinas de los pueblos ; y las justicias y ayuntamientos el defender sus bienes de los ataques de la contribución, poniendo de parapeto los que pertenecen al vecino. No hay una idea, señor, de desórden tan escandaloso : en el mes de Julio último se han extraído cuarenta y ocho mil raciones de víveres y más de dos millones de reales, y en este mismo mes no han podido comer seis mil hombres, ni ser asistidos con un tercio de paga...

“De todo nace un fatal principio , que origina otros males positivos , que no son de inferior transcendencia : los jefes de las divisiones ó cuerpos , que ven la tropa falta de ración ó con otras privaciones esenciales , sacan á la bayoneta, de los pueblos, el socorro de estas urgencias , quedando exhaustos ó insolventes los mismos para cumplir con los pedidos de su cupo.”

Algo puede concederse en la relación que antecede á la pasión de un jefe irritado: sin embargo, debe considerársela verídica en el fondo ; y ella demuestra que los carlistas catalanes, sin ser mucho peores que los de otras provincias, como iremos

viendo, necesitaban para su direccion y gobierno un Conde de España: en efecto, así lo comprendió la Junta de Berga, y solicitó de D. Cárlos el nombramiento de aquel personaje para reemplazar á Urbiztondo, imitando esta vez á las ranas de la fábula.

Entre tanto se confirió el mando superior de las fuerzas carlistas del Principado al coronel D. José Segarra, consintiendo en ello gustosos los demás jefes de más alta graduacion, por no considerarse ninguno capaz de echar sobre sus hombros tan pesada carga.

CAPÍTULO IX.

1838. — Desgobierno.

SUMARIO.—Vario aspecto de la guerra.—Nuevas correrías de los carlistas.—Repetidos triunfos de los liberales en el Norte de España.—Pujanza de Cabrera.—Benicarló, Morella, Gandesa.—El 5 de Marzo en Zaragoza.—Los defensores de Gerri.—PRIM asiste á la toma de Ripoll, á las acciones de San Quirse de Besora, y al sitio y toma de Solsona.—Espartero derrota al Conde de Negri; Pardiñas, á D. Basilio García.—Situacion apuradísima del ejército y del país.—Inepcia del Gobierno.

I.

En 1838, España ofrece al mundo un espectáculo quizá único en la historia de las naciones. Despues de cuatro años de guerra civil, la más voraz y desastrosa de todas las calamidades que pueden asolar á un país; despues de haber pasado por una larga serie de violentas conmociones; agotados casi enteramente sus pobres recursos; sin dinero, sin subsistencias, sin gobierno, pues tal nombre no merecia el que dejaba correr á la ventura la nave del Estado en medio de una tempestad deshecha, vése á esta nacion más que nunca empeñada en la feroz contienda; vése crecer la indomable energía de sus ejércitos, acometiendo empresas heroicas y temerarias, dándose batallas en lo más crudo del invierno, rivalizando en valor y en sufrimiento generales y soldados.

En las filas carlistas, á pesar de los pasados desastres; á pesar de la desunion y de las profundas rivalidades y discordias que dividian á sus jefes; á pesar de los amargos desengaños que iban tocando los defensores del absolutismo, conservábase la fé, y renacian, lejos de amenguarse, las ilusiones. Cuando estaban á la vista los tristes resultados de la expedicion de D. Cárlos, se organizaban otras; y casi á un mismo tiempo, á principios de Enero, entraba en Aragon una mandada por D. Basilio Antonio García, y partia de Chelva, para no volver, el cabecilla Tallada con dos

mil trescientos infantes, doscientos ochenta caballos, y cuatro piezas de artillería. Este último, al menos, llevaba un objeto importante en su expedición: Cabrera necesitaba mucha caballería para desarrollar sus vastos planes de campaña; y á fin de procurársela, procediendo como un conquistador en país enemigo, mandó á Tallada recorrer las provincias de Murcia y Andalucía, encargándole que recogiese además telas, paños, dinero y todo cuanto pudiera ser de algun provecho para el abastecimiento de sus tropas. El enviado comenzó con fortuna su correría, sorprendiendo en Iniesta una partida de 250 hombres, y fusilando á los oficiales despues de rendidos por capitulación; unióse al poco tiempo en Alcaraz con D. Basilio, separándose luego en Huescar, y derrotado por último y prisionero, fué pasado por las armas, en justa represalia de su alevoso proceder con los vencidos de Iniesta.

Los primeros meses del año fueron fecundos en acontecimientos militares. A la expedición de D. Basilio debían seguir otras, ya preparadas en el Norte, siendo varios los móviles de estas descabelladas empresas: creíase favorecer así el alzamiento de muchos pueblos en defensa de D. Carlos, y pretextábase además que era necesario aliviar de las cargas que imponía el sosten del ejército á las provincias Vascongadas; pero contribuía bastante la vanidad y petulancia de algunos jefes, que se consideraban á sí mismos suficientes para subyugar á España entera, y el interés mezquino de otros personajes, que por tales medios procuraban alejar á los que podían adquirir influencia en el ánimo del Pretendiente. De cualquier modo, estas correrías, funestas para la causa carlista, llevaban una gran perturbación al interior del país, y distraían las fuerzas del ejército constitucional; por cuyo motivo tenía Espartero empeño en impedir las: importábale además concentrar la guerra en las Provincias, bien convencido de que aquellos pueblos llegarían á cansarse de sufrir las penalidades de tan estéril como sangrienta lucha.

No pudo evitar Espartero la salida de D. Basilio por Mendavia, estando á la sazón el Ebro vadeable por unos cien puntos entre Frias y Tudela; pero impidió la marcha de la expedición á Castilla por las Encartaciones. Los carlistas llamaron su atención por tres partes, aglomerando grandes masas hácia el valle de Mena con intento de atacar á Valmaseda; bloqueando á Pamplona, que falta de víveres y recursos, tenía que recibirlos por frecuentes convoyes desde Tudela y Calahorra, y amenazando en Guipúzcoa las líneas de San Sebastian y demás del litoral cantábrico.

Por la parte de Navarra hubo sangrientas acciones en los días 2, 8 y 15 de Ene-

ro, dando por resultado introducirse los carlistas en Tafalla y Olite, y amenazar de cerca á Puente la Reina. Légarda, Belascoain y otros puntos estaban en su poder; lo cual hacia sumamente crítica la situacion de la capital. Cupo al general D. Diego Leon la gloria de restablecer las comunicaciones y arrojar de aquel país al enemigo, acometiendo una empresa que Alaix, el virey de Navarra, desaprobó por considerarla temeraria: tal era la toma de Belascoain.

Echando sobre sus hombres toda la responsabilidad de la empresa, marchó Leon al encuentro de los carlistas, que, en gran número y al abrigo de formidables fortificaciones, casi dominaban desde ellas toda la provincia: distrayéndolos por medio de un movimiento estratégico, les atacó en Légarda, y se hizo dueño de este pueblo y del monte Perdon. Al día siguiente, 28 de Enero, avanzó sobre Belascoain, punto que parecia inexpugnable sin el auxilio de artillería gruesa. La lucha fué allí porfiada y terrible: para tomar el puente, que desde entonces se hizo famoso, era necesario atacar por la espalda el reducto que le defendia, vadeando el rio Arga. El coronel D. Manuel de la Concha se ofreció á ejecutar esta operacion arriesgadísima, y la emprendió con algunos batallones y dos escuadrones, teniendo que sufrir un fuego horroroso de cañon y de fusilería, y llegando el agua á la cintura de los soldados. Sin embargo, aquellos valientes pasaron á la orilla opuesta, y empezaron á desalojar á sus contrarios de los primeros atrincheramientos. Entónces Leon echó pié á tierra, y se lanzó al rio con su Estado mayor: á la vista de tanto arrojo se entusiasman todas las tropas, que siguen á sus jefes, decididas á conquistar la muerte ó la victoria.

La victoria coronó tan heróicos esfuerzos: Leon alcanzó un triunfo de gran valía, y que se creyera imposible; pero al tomar posesion de Belascoain, se encontró sin un pedazo de pan, sin un mal rancho que dar á las sufridas tropas, que en dos dias consecutivos casi no habian cesado de combatir. Aquella situacion era cruel, insupportable. Pidió Leon al virey pólvora para destruir las fortificaciones conquistadas, y raciones para aliviar el hambre de sus soldados: se le envió lo primero, mas no lo segundo: entonces hubo que tomar una resolucion desesperada: los carlistas tenían víveres en el fuerte de Ziriza, distante media legua de Belascoain. Escalonó sus fuerzas el caudillo liberal; marchó sobre aquel punto, que los enemigos no se atrevieron á defender, y le ocupó encontrando en él raciones para cinco dias.

El general Espartero, que cubria la línea del Ebro, recibió apremiantes avisos de su segundo en jefe D. Manuel Latre, del aspecto amenazador que presentaban los

carlistas, acumulando sus fuerzas entre Villanueva de Mena y Valmaseda, cortando todos los caminos y puentes, y haciendo intransitables los pasos por la Peña de Orduña. Corrió allá el conde de Luchana, decidido á romper las líneas enemigas y proteger la evacuacion de Valmaseda, cuya posesion, más que ventajosa, era un embarazo constante para sus planes.

El 28 de Enero llegó el Conde á Villanueva ; el 29 hizo un reconocimiento desde las alturas que dominan á Mercadillo; el 30 se empeñó el ataque general contra las fuertes posiciones que ocupaban los carlistas, cuyas dos primeras líneas, apoyadas en varios pueblos y cubiertas de formidables parapetos en toda la extension de la Peña de Orduña, fueron aquel dia tomadas por Espartero, hasta dominar el camino de Valmaseda. La tropas liberales se acantonaron en Viergol, Ventades, Montiano y Artieta. En la mañana del 31 avanzó el grueso del ejército por el desfiladero que conduce al Berron, marchando Espartero á la cabeza de todas las tropas. En Bortedo se trabó de nuevo la accion, que duró hasta la noche, terminando con la toma de Antuñano. Por una mala inteligencia, el general Iriarte se habia separado con su columna de las demás fuerzas, y fué á caer en medio de los carlistas; su situacion era terriblemente comprometida : salvóle de ella el general en jefe, con sus repetidas y vigorosas cargas, que dieron por resultado la retirada del enemigo.

La guarnicion de Valmaseda se habia salvado : faltaba la operacion acaso más difícil de evacuar aquella plaza, conduciendo todo su material por desfiladeros y malos caminos, para lo cual se necesitaba emplear más de cien carretas en repetidos viajes : llevóse á cabo, sin embargo, en los dias 1.º y 2 de Febrero, sacando la artillería y municiones, las camas y cuanto habia en el hospital, pertrechos, muebles de particulares, trasladándolo todo á Villanueva, y saliendo la guarnicion al dia siguiente, sin que los carlistas se atreviesen á molestar á sus vencedores.

Al mismo tiempo, en los dias 28, 29 y 30 de Enero, combatia valientemente el general O'Donnell en Guipúzcoa, con sus tropas hambrientas, desnudas y descalzas, como lo estaban casi todas, venciendo á los carlistas, y haciéndoles pasar á la izquierda del Oria, despues de apoderarse de Lasarte y Zubieta. Durante el mes de Febrero continuó aquel valiente jefe combatiendo al enemigo, al que batió en el monte Gárate y en Urnieta, sin desatender la defensa de las líneas fortificadas de San Sebastian, Hernani, Astigarraga, Oyarzun, Irun y Fuenterrabía.

Las miserias que pasaba el ejército de Guipúzcoa obligaban á O'Donnell á imponer gravámenes imprescindibles á los habitantes de aquel país. *¡ En seis meses, desde*

primero de Setiembre á fin de Febrero, *solo habian recibido aquellas tropas la paga de seis dias !...*

II.

Diferente aspecto que en el Norte presentaba la guerra para los carlistas en el Maestrazgo y en todo el vasto territorio escogido por Cabrera como base de sus operaciones. Con desgracia emprendió el terrible caudillo la conquista de Falset , á principios de Enero; pues obligado á retirarse, tuvo que repasar el Ebro: sin embargo, no tardó mucho en serle favorable la fortuna. Cabrera disponia ya entonces de un ejército tan numeroso como pudiera serlo su contrario, y si no tan bien instruido, no menos disciplinado, y más expedito y libre para obrar en campaña, por tener aquel que cubrir unos setenta fuertes y plazas importantes: no le faltaban víveres ni pertrechos, porque hacia suyo todo cuanto necesitaba y podia conseguir por el imperio de la fuerza, y tenia establecida una buena administracion: hasta contaba ya tambien con una flotilla, formada por su padrastro, que acababa de apresarse tres barcos valencianos, en las aguas de los Alfaques, apoderándose de sus cargamentos.

Militarmente considerado, el plan de Cabrera era el único que debian haber seguido á todas partes los carlistas, prescindiendo de su conducta feroz y sanguinaria con los vencidos. Mantenerse en territorio amigo, procurando llegar á dominarlo por completo; ensanchar gradualmente sus límites, viviendo á costa de los países y pueblos circunvecinos; sin aventurarse nunca en largas correrías; menudear las agresiones aprovechando las coyunturas favorables, y no detenerse en ningun punto sin tener antes asegurada la espalda: tal era el sistema con que Cabrera se proponia avanzar, de provincia en provincia, hasta Madrid.

El 22 de Enero se presentó Cabrera delante de la rica villa de Benicarló, cuya posesion codiciaba: intimó la rendicion en el término de dos horas á sus defensores, que resistieron cinco dias con valor heroico los continuos ataques de sus enemigos: esperaban socorros, que nunca venian, y antes al contrario, vieron con dolor y sorpresa desviarse de la costa un buque inglés, que habia comenzado á cañonear á los sitiados. Desmayó entonces el aliento de los sitiados, y en la noche del 27 se resignaron á

capitular, quedando prisioneros dos compañías del provincial de Leon, unos setenta nacionales, y otras varias personas, entre ellas cinco sacerdotes y algunas señoras. Muchos de aquellos prisioneros, trasladados á Morella y Benifasá, perecieron despues en los calabozos. El carlista se apoderó de todo el armamento y de un botin considerable; impuso al Ayuntamiento una contribucion de ocho mil duros; saqueó las casas de los nacionales, y hasta se llevó los toneles y cubas en que guardaban sus vinos y aguardientes los cosecheros de aquel pueblo, que quedaron arruinados.

Al dia siguiente de su entrada en Benicarló supo Cabrera que la importante plaza de Morella habia caido en poder de los suyos. Un jóven catalan, D. Pablo Alió, que militaba en las filas carlistas, fué quien concibió la idea de asaltar de noche el castillo inexpugnable que domina aquella poblacion, y llevó á cabo su temeraria empresa con solos setenta y cinco hombres, en la madrugada del 26, trepando las escarpadas rocas cubiertas de nieve, y aprovechándose de la lobreguez y del temporal que reinaba. Sin perder un hombre, se apoderó aquel valiente del castillo, y antes de rayar el alba pudo anunciar tan importante conquista, por medio de una hoguera, á sus jefes, que hacia ya tiempo bloqueaban inútilmente la plaza, y que al ver la señal acudieron presurosos con todas las fuerzas reunidas en los cantones inmediatos. El gobernador de Morella, D. Bruno Portillo, tuvo que retirarse con la guarnicion, despues de haber hecho vanos esfuerzos para recobrar el fuerte. Los carlistas ocuparon en seguida la ciudad, en la cual hizo Cabrera su entrada triunfal el 31 de Enero.

Estos triunfos envalentonaron á los absolutistas, disponiéndoles para acometer nuevas empresas, y esparcieron la alarma entre los liberales y el desaliento en los pueblos. Cabañero, uno de los jefes que servian á las órdenes de Cabrera, tuvo la audacia de presentarse, el 30 de Enero, á las puertas de Teruel, de donde salió una columna, con la cual se batió durante cuatro horas, sin vencer ni ser vencido.

Por quinta vez emprendieron los carlistas el sitio de Gandesa, despues de un año de bloqueo, llevando al efecto numerosa infantería y caballería, y cinco piezas de grueso calibre. Dos obuses colocados en el Calvario comenzaron á disparar granadas al amanecer del 10 de Febrero contra aquella ciudad infortunada: cuatro dias antes habia sido abastecida de víveres y municiones por el general D. Santos San Miguel.

Los indomables gandesanos, que tanto habian sufrido en los sitios anteriores, se aprestaron á la defensa, viéndose trabajar en el reparo de las fortificaciones á los ancianos, mujeres y niños, sin que les arredrase el fuego que se les hacia. Las bre-

chas abiertas durante el día por el cañon enemigo, eran cerradas durante la noche, y aun sobraba tiempo y vigor á los valientes defensores de Gandesa para levantar parapetos, mejorar las obras, profundizar los fosos, hacer salidas y rechazar asaltos. Cuatrocientos treinta y nueve nacionales y cinco soldados eran toda la fuerza disponible para combatir con las armas á los sitiadores.

En el transcurso de veinte dias, que duró el sitio de Gandesa, cayeron sobre esta poblacion 435 granadas de siete pulgadas, y 1718 balas de cañon, la mayor parte de doce y diez y seis. Impaciente Cabrera por conseguir la rendicion de aquella plaza, se presentó á su vista el 22 de Febrero con refuerzos que habia sacado de Morella: entre tanto avanzaban dos columnas liberales al socorro de los sitiados. La una, mandada por Ayerbe, fué atacada con ímpetu en Cherta, el 27; pero la accion, en que unos y otros combatientes sufrieron pérdidas considerables, quedó indecisa, teniendo los carlistas que replegarse. La otra columna, que conducia el general San Miguel, no pudo ser detenida, y entró en Gandesa el 1.º de Marzo. Los sitiadores levantaron el campo.

No bastaba, empero, á los gandesanos haber hecho los mayores sacrificios en defensa de sus hogares y de la libertad: érales forzoso abandonar aquellos hogares casi arruinados, para no ser víctimas de un enemigo tenaz y rencoroso: la dificultad de prestarles el constante auxilio que necesitaban, les imponia esta heroica y terrible resolucion: debian emigrar, sin saber á donde ni por cuanto tiempo, teniendo que vivir los más de la caridad pública. No vacilaron, sin embargo: ellos mismos incendiaron sus casas y sus muebles, renovando el ejemplo de los antiguos numantinos, y abandonaron la ciudad, llevando cada cual consigo lo que podia, porque faltaban medios de transporte, y teniendo que cuidar los sanos de los enfermos y heridos, las mujeres de los niños, los fuertes de los débiles, en aquella dolorosa peregrinacion.

Escoltados por San Miguel, marcharon los 2000 gandesanos á Villalba, el 2 de Marzo, para dirigirse á Fabara. Cerca de Batea les aguardaba Cabrera, situado en ventajosas posiciones. Al avistarse ambos enemigos, trabóse la accion con gran empeño: rechazados los carlistas, dejaron libre el paso, pudiendo los gandesanos llegar á Caspe al dia siguiente, y poco despues á Zaragoza, donde se les dispensó una cordial hospitalidad ¹.

¹ Hasta que Cabrera emigró á Francia, no volvieron los gandesanos á sus casas. El mismo dia que quisieron celebrar su vuelta, al cabo de tres años, cuando aun veían sus casas destruidas y sus campos arrasados, se presentó un comisionado de